

cer funcionar un paradigma explicativo inmune a críticas de un calibre semejante a las que utiliza contra el individualismo metodológico, dado que los procesos de reconocimiento forjadores de identidad dentro de la comunidad aparecen en ocasiones más asumidos o naturalizados que explicados o problematizados. Eso no supone un problema para quien encare la teoría como una caja de herramientas con la que iluminar problemas y construir interrogantes, pero sí para quien pretende contar con una teoría fuerte del

orden social anclada en una antropología consistente y proveedora de una matriz explicativa de los conflictos. ¿No puede acaso considerarse el paradigma identitario como *una fuente más* de recursos explicativos —y quizá la más adecuada para interrogarnos por el *quién*— sin que eso implique la impertinencia de preguntarse por el *porqué*?

NOELIA GONZÁLEZ  
DIEGO PALACIOS

Ferrán Gallego,  
*De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*,  
Barcelona, Plaza y Janés, 2001, 521 págs.

Stanley G. Payne escribió en su obra *El fascismo* que el triunfo del nazismo en Alemania en 1933 ha sido interpretado de tres formas distintas. La primera de ellas, la teoría del accidente, intenta ver el ascenso de Hitler al poder como el resultado de una serie de intrigas políticas. Otra, la teoría del agente, creada por la historiografía marxista, hace de Hitler un instrumento del gran capital para evitar la revolución comunista. Por último, Payne expone los fundamentos de la teoría de la movilización de masas del nacionalismo frustrado. Este último planteamiento funda el éxito del nacionalsocialismo en la situación de Alemania tras la Gran Guerra. Ferrán Gallego se acoge

a esta teoría, aunque no de una forma explícita, en su libro *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*.

El propósito de Ferrán Gallego es mostrar que el nazismo tuvo una buena acogida porque nació de los sentimientos, valores y actitudes de una sociedad, la alemana, inmersa en una época de desconcierto, inseguridad, caducidad e inconsistencia de valores; es decir, en una crisis de modernidad. Para explicar esto dedica la primera parte de la obra a analizar las condiciones sociales, políticas y económicas en las que nació y creció el Partido Nazi. El autor encuentra que hubo tres grandes cuestiones que propiciaron que Hitler tomara el poder: el

trato dado a Alemania por los vencedores de la Gran Guerra, el fracaso de la República de Weimar y sus partidos, y la Gran Depresión.

La paz fue mal administrada por los aliados. La sociedad alemana se sintió humillada, aun sin sentirse vencida. La derrota la habían firmado los «traidores de noviembre» de 1918, los que con una «revolución» habían hecho caer la Monarquía e implantado una República fundada, según Ferrán Gallego, en un pacto social entre trabajadores y empresarios. Alemania fue ocupada por las tropas aliadas durante años. Soldados coloniales franceses, en especial senegaleses y marroquíes, se asentaron en el Ruhr. El Tratado de Versalles y el Plan Young, que suponía el pago de reparaciones hasta finales del siglo xx, hipotecaban el desarrollo y empobrecían el país a los ojos de los alemanes. El referéndum sobre este plan económico sirvió para presentar a Hitler como un líder nacional capaz de aglutinar a la derecha.

A esta humillación se unía una República, la de Weimar, cuyo origen era la derrota y la «traición»; un régimen que los alemanes nunca vieron como propio. Y los partidos políticos no pudieron mantener la coalición que dio origen y sostuvo la República, ni atraer al electorado. Sus soluciones, sus programas, no eran creíbles para los alemanes de la posguerra que vivían en una crisis permanente. Los años centrales de la República, entre 1925 y 1929,

la «era Stresemann», la época de las grandes esperanzas, no fue utilizada por los partidos de la derecha o los socialdemócratas para fortalecer la imagen de la República ni de la democracia. Cuando llegó la Gran Depresión, dice Ferrán Gallego, todo el mundo sabía que aquél régimen no iba a durar. El autor ve en el paro que generó el hundimiento económico de 1929 la causa del crecimiento del Partido Nazi. Muchos trabajadores jóvenes que buscaban empleo por primera vez y que, por tanto, según Ferrán Gallego, carecían de «conciencia de clase», se afiliaron al nazismo entre 1930 y 1932. Ferrán Gallego lo resalta en varias ocasiones: el nazismo no hubiera sido posible sin el desempleo terrible de aquellos años.

Pero crisis del régimen político, de sus partidos y económica existían en muchos países. ¿Por qué triunfó en Alemania el nacionalsocialismo? Ferrán Gallego señala que el nazismo conquistó a la gente, sobre todo, porque su programa reflejaba las actitudes, valores y sentimientos de una gran parte de los alemanes de su tiempo. El autor apunta en varias ocasiones esta explicación, pero no la explica lo suficiente. Ferrán Gallego, en este caso, se sitúa entre los historiadores «funcionalistas»; es decir, que identifica nazismo con Holocausto, y culpa de los crímenes a la sociedad alemana en su conjunto. Esta interpretación es contraria a la de los historiadores «inten-

cionalistas», que limitan la responsabilidad colectiva del pueblo alemán por la inviabilidad de la República de Weimar y la singularidad del Tercer Reich en la historia europea.

Ferrán Gallego fecha el comienzo del éxito del nazismo en la transformación del partido que Hitler realizó después del *putsch* de 1923. Hitler fundó el Partido Nazi en el *Führerprinzip*, en el dictado del líder carismático. Convirtió a un grupo *völkisch* en un partido *catch-all*, llevándolo a la vía legal para tomar el poder. Recogió la tradición nacionalista alemana, tardía y frustrada, el mito de la «comunidad popular», para crear un proyecto que diera cobijo, solidaridad, soluciones, a todas las capas sociales, en un momento político y económico crítico. Utilizó el discurso socialista cuando requería el voto de los trabajadores. Vistió a las masas con uniforme —sin él no existía la igualdad— y les dio una bandera llamativa, de combate. En torno a Hitler se construyó también una imagen. El *Führer* ya no podía ser el bohemio que había frecuentado los cafés de artistas, o pretendido ser admitido como alumno en la Escuela de Bellas Artes de Viena. Hitler fue, a partir de 1925, el hombre salido del pueblo para salvar al país; era la encarnación del proyecto de regeneración nacional. La recuperación de la dignidad como nación y la salida de la crisis parecían pasar entonces por el Partido Nazi: no se podía

gobernar sin él, ni contra él.

Ferrán Gallego señala los intentos de Brüning, Von Papen y Schleicher para «domesticar» al nazismo entre 1930 y 1932. Relata, asimismo, la fascinación que el *Führer* causó en Hindenburg, y en su círculo de asesores, especialmente en el hijo del presidente, Oskar. En la obra queda implícito el poco esfuerzo que hicieron el Zentrum, los demócratas y el SPD por mantener la República de Weimar. Pero hay preguntas sin contestar ¿Por qué el SPD se hundió? ¿Cuál era su proyecto de gobierno para salvar la República después de 1929? ¿El gran obstáculo para el SPD fue el presidente Hindenburg, o su incapacidad para atraer mayoritariamente al electorado? ¿Cómo pensaba la derecha controlar el nazismo, sobre todo el Zentrum? ¿La estrategia del KPD, los comunistas, era salvar la democracia o, como todo indica, aprovechar la mala situación del régimen para imponer una dictadura soviética? ¿Cómo afectaron a los partidos y a la opinión pública los intentos violentos de los comunistas para derribar la República en su primera etapa? Hubiera sido muy ilustrativo un análisis más extenso del sistema de partidos, con especial referencia a sus ideas, programas y estrategias. Este estudio explicaría por qué, a comienzos de 1933, el Partido Nazi aparecía como el único partido nacional.

El relato da la sensación de que los actores políticos del mo-

mento, e incluso la población alemana, creían que a la República sólo le quedaban dos vías en 1933: la revolución nazi o una dictadura nacional-conservadora dirigida por un general, un Primo de Rivera alemán. Lamentablemente el autor no profundiza en las posibilidades reales de este proyecto, en si hubiera respondido a los sentimientos de la sociedad alemana. Tampoco cae en que las únicas soluciones para la crisis de la República provenían de la derecha. En cambio, Ferrán Gallego señala una tercera posibilidad que hubiera evitado, en su opinión, el Tercer *Reich*: un «boicot a la producción y una movilización de los militantes» del SPD y KPD (pág. 319). Esto, según el autor, podía haber hecho retroceder a los que facilitaron el poder a Hitler, o animar al Zentrum para realizar un movimiento contra el *Führer*. No se llevó a cabo, según el autor, porque la izquierda estaba tan dividida como debilitada, y faltaba «conciencia de clase» en una parte de la «clase obrera industrial». Pero esa movilización de militantes a qué hubiera conducido, ¿a echarse en brazos de la Internacional Comunista y alentar una dictadura estalinista? ¿A provocar una guerra civil, de la que se habló en aquellos momentos? En estos cálculos *a posteriori*, siempre gratuitos, no se tiene en cuenta lo fundamental: la respuesta del adversario. Hitler no tuvo escrúpulo alguno para liquidar a los que querían derribarle del poder:

toda la cúpula de las SA —las tropas de asalto—, a su antigua mano derecha, Gregor Strasser, y a conservadores como Jung o Schleicher, un ex canciller, o a Gustav von Kahr, el antiguo gobernador de Baviera. Y todo en una sola noche, la «noche de los cuchillos largos», el 30 de junio de 1934.

La «nazificación» de Alemania se explica en la segunda parte del libro. Es en ella donde Ferrán Gallego intenta demostrar que el nacionalsocialismo recogió el sentir común de los alemanes, lo que fue un acierto estratégico que hizo posible su ascenso al poder. El autor muestra perfectamente cómo el Gobierno nazi prohibió partidos y sindicatos, con la disolución voluntaria de algunos, para la construcción del «movimiento nacional». La «inmersión» nazi se produjo tanto en la administración como en todo tipo de asociaciones, desde deportivas a culturales y profesionales. Al mismo tiempo, el régimen manifestó sus limitaciones con la superposición de la organización estatal a la del partido, una «poliarquía», según Ferrán Gallego, que hizo del *Führer* el árbitro de las ambiciones, pero que ralentizaba el proceso burocrático. La actitud de la Iglesia católica, contenta con mantener su autonomía, con independencia de la naturaleza del proyecto nazi, fue un síntoma de una sociedad alemana que recibió mayoritariamente con alegría a un régimen que en dos años creó dos millones de puestos de tra-

bajo. Fue una conformidad que duró hasta 1941, cuando las victorias comenzaron a tornar en derrotas con la entrada de EE.UU. en la guerra y los avances soviéticos. Y es que la política exterior, esa venganza de la Alemania humillada, fue el campo de lucimiento de Hitler, y Ferrán Gallego lo cuenta bien. Los errores de Chamberlain permitieron la unión de Alemania con Austria —el *Anschluss*— y su «expansión pacífica» por los Sudetes, así como la conversión de Checoslovaquia en un satélite nazi. Incluso la alianza con la URSS, el enemigo bolchevique, desconcertó más a los comunistas alemanes que a los nazis. Los éxitos diplomáticos conseguían que Hitler fuera recibido en loor de multitudes, alejándole de las críticas a la corrupción y a los abusos; de tal manera que era corriente la frase de «Si el *Führer* lo supiera...».

La recuperación de las fronteras anteriores al Tratado de Versalles, la defensa de la población alemana en el extranjero y la «expansión pacífica» iban unidas al proyecto racial. Es la parte en la que Ferrán Gallego hace más hincapié. Los intentos para separar el nazismo del exterminio, dice el autor, tratar éste como un episodio más de la violencia propia de la guerra, atribuirlo al celo de los subalternos, o a una forma de autodefensa en los últimos momentos de la guerra, «es un primer recurso para poder pensar en un nazismo sin holocausto» (pág. 26). Auschwitz estaba ya en el

primer programa del Partido Nazi, en ese programa que encajaba con el sentir subyacente de la sociedad alemana de posguerra. Era la defensa de un nacionalismo fundado en la creencia de pertenecer a una raza superior, no sólo diferente, cuya mala situación se debía a la «contaminación» con otras razas inferiores, y que sólo de la pureza racial saldría la recuperación nacional. Los judíos eran los «traidores de noviembre», cuyas ideas liberales, parlamentarias, democráticas, e incluso bolcheviques, habían provocado la «falsa derrota» de Alemania, y la contaminación de la «comunidad popular» aria. Junto a ellos, el nazismo señaló a muchos «desviados sociales», desde homosexuales a gitanos, delincuentes o enfermos crónicos. El biologismo político tuvo mucho predicamento en Alemania, como indica Ferrán Gallego, a partir del último cuarto del siglo XIX. Muchos médicos, biólogos o estadistas vieron en las ideas nazis la posibilidad de llevar a la práctica la eugenesia, la eliminación de las «desviaciones sociales» a través de la medicina. La eutanasia, voluntaria o dictada, fue una práctica habitual. Ferrán Gallego culpa especialmente a los médicos que, respaldados por el Tercer *Reich*, experimentaban con seres humanos. A estos «médicos» se le sumó la asunción de competencias por parte de Himmler y la SS —un cuyas filas, según Rudolf Hess, «no había lugar para hombres blandos de corazón»—,

así como los intereses económicos en la mano de obra esclava que dieron lugar a los campos de concentración y exterminio. Sólo en Auschwitz hubo un millón de muertos. Para Ferrán Gallego toda Alemania era culpable, de una u otra forma. De más de 3 millones de expedientes que se abrieron tras la guerra, tan sólo hubo 175.152 condenas.

La consecuencia lógica del argumento que coloca el éxito del nazismo en los sentimientos del pueblo alemán es: ¿Sigue existiendo ese sentimiento? En la última parte del libro, el epílogo, Ferrán Gallego lamenta que el nazismo, como el fascismo en Italia, los colaboradores franceses de Vichy, el Rex belga o la matanza en Nanking a manos de los japoneses sean «recuerdos históricos», no «recuerdos políticos». Para el autor subyacen esos sentimientos que hicieron posibles tales planteamientos totalitarios. Hasta los años 50 el nazismo mantuvo cierto prestigio: «un régimen aceptable, de no haber

existido el holocausto». El debate historiográfico y la irresponsabilidad política, según Ferrán Gallego, han conseguido transformar en «complicidad» con los nazis lo que es «culpa», en algo colectivo lo que fue una actitud individual. Las nuevas generaciones alemanas, concluye, pueden sufrir una crisis de modernidad como la que provocó el Tercer Reich y el holocausto. Dependerá entonces del compromiso intelectual y moral de «todos» el que no vuelva a ocurrir. En este sentido, Ferrán Gallego señala la autonomía del nazismo alemán como idea totalitaria y devastadora, pero los paralelismos son evidentes con nacionalismos presentes, y más cercanos, nacionalismos *völkisch*, étnicos, o fundamentalismos religiosos, que buscan la construcción de una «comunidad popular» eliminando a los «desviados».

JORGE VILCHES

Tomás Mestre Vives,  
*Balance crítico de dos siglos de Iberoamérica (XIX-XX)*,  
Madrid, Ediciones Libertarias, 2001.

No es tarea fácil hacer un balance sobre dos siglos de historia política de América Latina. Y cualquier pretensión de hacerlo crítico presupone una voluntad intencionada, declarada o no, para interpretar el pasado desde un determinado presente, lo que implica seleccionar cier-

tos temas y ponderar algunos acontecimientos sobre otros. No son éstas verdades inobjetables, pero sí motivos que tal vez deberían sopesarse a la hora de elegir un título sugerente para los anhelados lectores, pero también coherente con la totalidad del contenido de una obra.